

En la cuestión de «los niños actores» va envuelta una grave responsabilidad social y moral. No son sólo niños; hay también niñas, cuyo candor se mancha, cuyos labios se enlodan al dar paso á la canción impura, á la alusión libre, á la reticencia deshonesta... Y no digo bien; estoy siguiendo la rutina al considerar que esto es un peligro y una degradación para las niñas solamente. Entre los más perniciosos errores comunes se cuenta el de suponer que únicamente la pureza de las niñas se ha de cuidar y preservar, y que los varones pueden sin inconveniente, desde los primeros albores de la vida, depravar la imaginación, corromper el alma, emponzoñar las fuentes de la sensibilidad y estragar en flor los sentidos. Las razas vigorosas se forman con el respeto á la niñez y á la adolescencia, y el mayor cuidado en no pervertirla. No cabe duda; la raza sajona tarda más que la latina en romper el cascarón de la inocencia, y el fruto sazonado á tiempo tiene después otro sabor, doblemente grato.

Que la profesión de actor expone al niño á una excitación sexual tempranísima y deplorable, no lo podrá negar quien conozca poco ó mucho la índole de esa profesión. Los actores que ya cuentan la edad conveniente para ejercerla no están expuestos á daño alguno; las actrices españolas suelen ser mujeres de intachable conducta y excelentes madres de familia; pero es que cabalmente conocen y miden el peligro, y el uso de razón les presta cautela y dignidad. El niño mal podría precaver ciertos riesgos; sus curiosidades le atormentan; sus propias alas de ángel le llevan al abismo. ¿A qué insistir en lo que no requiere demostración? A nadie se ocultan las consecuencias que el estado de actor puede acarrear á un niño.

El doctor Moreau enseña que los chicos precoces son todos candidatos á la locura, en mayor ó menor grado. Sin embargo, cuando la precocidad es una disposición natural, un impulso genial mejor dicho, no lleva en sí la amenaza de tan graves desórdenes como cuando resulta de una cultura forzada y artificiosa, que estimula violentamente un cerebro normal y mediano. Rameau tocando divinamente el clave á los siete años, Mozart componiendo sonatas á los seis, Pascal publicando á los doce un tratado de las secciones cónicas, no hacían más que seguir la corriente de su propio espíritu; y acaso necesita mayor esfuerzo y se infiere más daño la diminuta actriz de la Zarzuela para cantar un tango ó para representar una escenilla picaresca, subrayando efectos y marcando intenciones con el gesto y la voz.

\* \*

Después de reconocer que el hecho de organizar compañías de «niños actores» constituye un abuso y también una ilegalidad — pues existen numerosas disposiciones que implícitamente lo prohíben, y están en vigor y sólo necesitarían una ligera aclaración para que se pudiese calificar de delito público la salida á las tablas de criaturas menores de doce y diez y seis años, — conviene añadir que no es este el único ejemplo de la indiferencia con que aquí se miran la salud y la moralidad del niño. Algunas veces, en la calle, he oído las conversaciones de los chichuelos — no ya de los que visten el desarrapado traje de golfos ó el mugriento andrajó de la mendicidad, sino de esos niños de mejillas relucientes en que se notan las huellas del agua fresca, de pelona bien recortada, de calzado lustroso y de ojos alegres: niños de familia acomodada, alimentados y cuidados, con hogar, con instrucción — y he escuchado salir de su boca de rosa las palabras más brutales y groseras, los dichos más horriblemente cínicos, cuyo sentido no sé si comprenderían por entero, ¡y ojalá no! Mientras encendían el apuesto cigarro, que chupaban de un modo inhábil, apretando los dientes y hundiendo los carrillos, y reían con la fresca risa de su adorable edad, las frases indecentes brotaban á chorros, los juramentos y las blasfemias se atropellaban, y yo recordaba la princesa de los cuentos de hadas, aquella que al hablar soltaba, en vez de perlas y rosas, feos lagartos, asquerosos sapos y negras víboras. ¿Por qué se expresaban así los infelices niños? ¿De qué modo habían adquirido el estribillo canallesco? Fácilmente se adivina: repetían lo que aprendieron de los grandes. No inventan los chicos: imitan lo que ven, lo que oyen; son jímios; se moldean en los mayores; si los mayores rezan, rezan, y si juran y reniegan, reniegan y juran también. La sucia boca del español adulto hace la sucia boca del niño; sólo que en el niño resalta más lo antipático, lo brutal de esta costumbre, á que sin notar lo pagan tributo casi todos, y que es una de nuestras inferioridades, externa si se quiere, pero ¡cuán trascendente á lo interno!

Jamás se les ocurriría á los chicos la extravagancia

de fumar, si no advirtiesen que á sus padres se les cae de los dedos el cigarro, llegando el hábito á constituir necesidad tan imperiosa, que en el tránsito, los cortos instantes que el reglamento obliga á prescindir del cigarro, vierais á los hombres desahogados, nerviosos, contraídos y tristes: como víctimas, acechando el momento de bajarse, no por llegar al término del viaje, sino por sacar la petaca ó la cajetilla, restallar el fósforo y disfrutar las inefables delicias del chupetón. Por fuerza han de creer los niños que el cigarro contiene el paraíso de Mahoma, á observar en los mayores tal entusiasmo por él, que ni cinco minutos viven y respiran sin disfrutarlo. El cigarro y la blasfemia son, para el niño, símbolos de la toga viril. Ser hombre no es ser sabio, ni ser bueno, ni ser fuerte, ni ser laborioso; ser hombre es queimar sin tregua una hierba que sabe mal y decir muchas obscenidades y muchos pecados. — ¡Pobres niños!

\* \*

Sin salir del tema de la infancia, sépase que estos días se admiran en el Retiro dos cachorrillos de león, la cosa más linda del mundo. La infancia es graciosa en las especies animales como en la humana; esos leones pequeños tienen los juegos, las monerías y las espontaneidades de una criatura mimada y gentil; en términos que dan tentaciones de traérselos a casa, ni más menos que si fuesen perritos ó gatitos domésticos, y, andando el tiempo, no hubiesen de crecer, rugir y devorar.

Corrió hace ya dos ó tres años por Madrid la noticia de que una señorita muy fina y acaudalada, huérfana y libre, se había enamorado ciegamente de un domador de leones. El caso, asaz romántico, no tenía nada de maravilloso, porque el valor, en cualquier forma que se presente, ejerce influencia y tiene prestigio sobre la imaginación de la mujer, y hasta la misma temeridad del arrojo contribuye á la seducción. La señorita no perdía una noche del Circo de su predilecto realizaba los ejercicios de su profesión; y cada vez que le veía expuesto al peligro, cada vez que le contemplaba intrépido y sonriente, en su delgado latiguillo en la mano, dominando con mirada y la actitud á las fieras, el entusiasmo y la ilusión crecían, la pasión se hincaba más adentro en aquel alma de mujer. El domador no sospechaba nada de su triunfo. Estaba acostumbrado á recibir declaraciones de mujeres excéntricas, pero no se acordaba poco ni mucho — es bien natural — de los sermoneos callados que sus habilidades podían ocasionar en las espectadoras. Sabía que por él latían muchos corazones femeniles: que fuese de terror, de compasión ó de amor, no le importaba, en suma, porque un interés más profundo, el del combate y el peligro diario, le absorbía enteramente. Sin embargo, una noche, al terminar el número de inclinación para agradecer los aplausos, notó que dos ojos vendados de lágrimas le envolvían en su mirar, y que una cara pálida, llena de ansiedad, permanecía vuelta hacia él mientras iba retirándose. De esta primera observación á las demás sólo había un paso que el domador siguió observando y pronto pudo asegurarse de lo que ya decía todo el mundo: aquella señorita iba al Circo diariamente, entraba proximamente á la hora en que el domador aparecía, y se marchaba cuando éste daba por concluido su trabajo. La certidumbre de haber inspirado una pasión discreta, sincera y pura no le fué indiferente al domador; por espacio de una semana, la energía que al entrar en la jaula desarrollaba siempre, recibía estímulo grato, algo que se parecía á poético orgullo, y su actitud fué más noble y resuelta que nunca, y su mirada brilló con resplandores eléctricos, subyugar á sus feroces amigos, dos grandes leones africanos, macho y hembra, y dos jaguares del Brasil, todavía más temibles é indómitos que los leones.

Mas como quiera que el plazo de la contractación piraba, y el domador tenía que estar antes de irse en Viena, deseó dejar á la enamorada un recuerdo suyo; y averiguando el domicilio de la señorita, remitió, bajo perfumado sobre, una magnífica fotografía... ¿suya? ¡No mil veces! La fotografía no era sino de Drago, el león macho (animal hermosísimo con una melena regia y unas posturas de soberana majestuosa dignidad). Y cuando los confidentes del domador le preguntaron por qué no enviaba su retrato propio y si el de la fiera, contestó riéndose:

— Porque esa señorita no me quería á mí, sino á mis leones.

Este suceso se me acordó al ver los preciosos leoncillos del Retiro, dignos por su gentileza de cualquier señorita conserve su retrato.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### NIÑOS Y FIERAS

La cuestión de los «niños actores» se ha abierto camino estos días al través de tantas otras como nos preocupan y forman la negra trama de la vida nacional. Esas criaturas, sentenciadas á un trabajo artístico de nueve á una de la noche, y al estudio y ensayo de ese trabajo el resto del día; desquiciadas de sueño y comida, privadas de esparcimiento y reposo, han inspirado más de un artículo filantrópico, una campaña que el público, por otra parte, acoge con la indiferencia con que suelen mirarse en España estos problemas.

No somos un pueblo á quien la pedagogía y la antropocultura le importen gran cosa, ciertamente. Compasivos y hasta blandos de corazón cuando vemos de cerca los males, nos falta por completo el resorte de la unión y asociación para evitarlos y prevenirlos. El impulso individual puede hacer milagros aquí, donde nacieron un Mañara y un San Juan de Dios; el colectivo sólo produjo una obra maestra, la Compañía de Jesús, y para eso tuvo San Ignacio de Loyola que ir á fundarla á París; si se queda en España no la funda.

Volviendo á los niños de la Zarzuela, digo que habría un medio seguro de evitar que los sometiesen á esa labor impropia de sus tiernos años; y sería, sencillamente, no acudir al teatro cuando ellos trabajasen. Yo no los he visto nunca: tal espectáculo no me atrae; los pequeños prodigios me son hasta antipáticos — la precocidad me repugna tanto como las pretensiones juveniles persistentes en la vejez. — A cada edad lo suyo. Un niño, que recite su fabulilla, y mejor cuanto más de reata; que cabalgue el alazán de cartón, que esgrima el sable de madera; pero, por los clavos de Cristo, que no juegue en serio ni al actor, ni al soldado, ni al enamorado, ni al sabio, ni al poeta; que no «borde» en el piano, ni en el violín, ni dé esperanzas, ni le nombren los periódicos, ni haga más que conjugar regularmente los verbos irregulares, dormir doce horas, merendar pan y queso y pegar en los vidrios calcomanías.